

REALISMO E IRREALISMO

Impresiones sobre Goodman y Searle

IGNACIO ÁVILA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Si hay algo claro en la discusión filosófica en torno al realismo, sin duda es la pertinaz oscuridad del tema. En mi opinión, esto se debe a varios factores. No sólo el debate sobre el realismo atraviesa toda una galaxia de difíciles tópicos filosóficos como son la verdad, el relativismo, los esquemas conceptuales y la racionalidad, sino que la discusión también parece tener consecuencias importantes cuando se trata de asegurar el presupuesto de las escuelas de género y psicoanálisis al interior de una institución académica. Pero, además, parte de la dificultad de la discusión sobre el realismo radica en la proliferación de posiciones disímiles que son catalogadas sin más de realistas o antirrealistas, y en la increíble sordera que en ocasiones se presenta en el diálogo de unas posiciones con otras. Para no ir más lejos, hay quienes gustan de exóticos *realismos minimalistas*¹ y, en su afán por evitar el idealismo, acusan a Goodman de defender la absurda idea de que hacemos las cosas por arte de magia. Pues bien, en estas notas quisiera buscar un camino a través de toda esta maraña filosófica de complicaciones, centrándome únicamente en las posiciones de Goodman y Searle sobre este tema. Escojo estos autores no sólo porque a primera vista sus posiciones parecen radicalmente antagónicas, sino también por la fuerte acogida que tiene Searle entre nosotros y la gran prevención que nos provoca la propuesta irrealista de Goodman. Mi impresión acerca del debate entre Searle y Goodman es que, en un sentido importante, se trata de un simple diálogo de sordos. La razón de ello radica en que mientras Searle pretende defender la existencia de un mundo independiente de nosotros, guardando un sospechoso silencio con respecto a si este mundo en sí mismo está prefabricado (si es a *ready-made world*), Goodman prefiere mantenerse al margen de la discusión sobre la existencia del mundo exterior y ataca más bien la idea de que tenga sentido pensar en un mundo prefabricado de antemano.

Empecemos con Searle. Como es bien sabido, en la última parte de *La construcción de la realidad social* él busca defender al menos las siguientes tesis: 1. Existe un mundo externo independiente de nuestras representaciones (tesis del realismo externo). 2. Hay relatividad conceptual en nuestros esquemas de representación (tesis de la relatividad conceptual); y 3. La verdad es un asunto de correspondencia con los hechos de la realidad (tesis de la verdad como correspondencia). Searle se propone mostrar que la combinación de estas tesis en sí misma no

¹ Tomo prestada esta expresión de Luis Eduardo Hoyos.

involucra una contradicción. Para ello, intenta desarticular ciertos argumentos antirrealistas que, en su opinión, a partir de la constatación de la relatividad conceptual, pretenden socavar el realismo o la teoría de la verdad como correspondencia. Así, él sostiene que la tesis de la relatividad conceptual es una tesis epistemológica que, como tal, no debe tener consecuencias ontológicas. En sus palabras:

El hecho de que esquemas conceptuales alternativos permitan diferentes descripciones de la misma realidad y de que no haya descripciones posibles fuera de los esquemas conceptuales no tiene ningún punto de contacto con la verdad del realismo (Searle 1997: 173).

En este sentido, Searle examina los presuntos ejemplos de relatividad conceptual y concluye que ninguno de ellos socava la idea de que existe un mundo independiente de nosotros. Los ejemplos que él trata son básicamente dos, el minimundo de Putnam y el hecho de pesar 160 libras o 73 kilogramos. El tratamiento que hace Searle del caso del peso es absolutamente decepcionante. En él no se toma en serio la relatividad conceptual, pues pesar 160 libras es equivalente a pesar 73 kilogramos por una sencilla regla de traducción. Y, justamente, lo que hace interesante la relatividad conceptual es que en general en ella la traducibilidad unívoca no está asegurada. Más interesante resulta el análisis que da Searle del ejemplo putnamiano del minimundo. Ante la pregunta sobre cuántos objetos existen realmente en el minimundo de Putnam, Searle contesta sin vacilación:

Un realista que fuera un relativista conceptual convencido diría que realmente hay tres objetos, de acuerdo con el criterio para contar objetos fijado por el primer esquema de clasificación, y siete, de acuerdo con el criterio fijado en el segundo. Y tal respuesta elimina la aparente contradicción, no modificando o eliminando el realismo externo, sino señalando sencillamente que el criterio para contar objetos ha sido fijado de dos modos distintos (Searle 1997: 172).

Y aquí es donde se empieza a hacer patente la gran distancia y también la estrecha cercanía con Goodman. Goodman se sentiría insatisfecho con la respuesta de Searle por cuanto que en ella no hemos respondido la cuestión de cuántos objetos hay *realmente* en el minimundo, sino que, en últimas, hablamos de nuestras versiones y formas de contar. A propósito de un ejemplo similar con respecto al movimiento del Sol, Goodman escribe:

La idea de marco de referencia apunta más a los sistemas de descripción mismos que a aquello que estos describen. Así cada uno de los dos enunciados mencionados ["el sol se mueve siempre" y "el sol no se mueve nunca"] refiere aquello que está

describiendo a cada uno de esos sistemas referenciales distintos. Si preguntamos cómo es el mundo, se nos puede responder describiéndolo bajo uno o bajo varios de esos marcos de referencia, pero ¿qué se nos podría contestar si insistiésemos en preguntar cómo habría de ser el mundo si dejáramos al margen cualquier marco de referencia? Nos hallamos confinados a las formas de descripción que empleamos cuando nos referimos a aquello que describimos y podríamos decir que nuestro universo consiste en mayor grado en esas formas de descripción que en un único mundo o en varios mundos. (Goodman 1990, *cf.* también Goodman 1995: 63)

Estos dos pasajes resultan en sí mismos instructivos, por las siguientes razones. En primer lugar, nótese que mientras Searle está preocupado por la cuestión de hasta qué punto la relatividad conceptual afecta o no la tesis ontológica según la cual existe un mundo independiente de nuestras representaciones, a Goodman esto no le preocupa en absoluto. Su interés es más bien epistemológico por cuanto intenta socavar la idea de que haya una única forma correcta de describir el mundo *tal como es en sí mismo*. Así, su interés no se centra en la cuestión ontológica de la existencia del mundo exterior, sino en la cuestión de si tiene sentido la idea de un mundo prefabricado de antemano al que podamos acceder.

En segundo lugar, nótese que el concepto de mundo que manejan ambos pensadores es distinto. Searle se sentiría feliz al denunciar en Goodman el ilegítimo paso de epistemología a ontología cuando al final del pasaje anterior afirma: "Nos hallamos confinados a las formas de descripción que empleamos cuando nos referimos a aquello que describimos y podríamos decir que nuestro universo consiste en mayor grado en esas formas de descripción que en un único mundo o en varios mundos". En cambio, a Goodman este paso no le intimidaría en absoluto, por cuanto que su acento no está puesto en una tesis ontológica sobre el Ser, sino en la idea –bastante obvia por cierto– de que la categorización en sí misma es inevitable. Así, dentro de la filosofía de Goodman, el mundo debe entenderse como aquello en lo que hay árboles y departamentos de psicoanálisis y esto, a su vez, exige reconocer el papel fundamental que juegan nuestros esquemas conceptuales en la categorización misma de los árboles y los psicoanalistas. Para decirlo en una palabra, en Goodman un mundo es algo en sí mismo *conceptualizado*. De ahí precisamente su insistencia en la pluralidad de mundos y su tendencia a identificar en ocasiones "mundo" con "versión de mundo". En cambio, en Searle, la expresión "mundo" tiene un sentido más ontológico. Para él, el mundo pareciera ser en sí mismo independiente de nuestras representaciones y ordenamientos categoriales y, en este sentido, sería un mundo en últimas no conceptualizado en sí mismo. Y el problema para mí radica precisamente en que no está claro en absoluto qué quiere decir esto.

Veamos. Cuando se examina la postura de Searle en torno al realismo se encuentra una interesante oscilación entre la idea de que el realista no necesita pronunciarse con respecto a si el mundo que existe independiente de nosotros es un mundo prefabricado en sí mismo y el presupuesto tácito de que dicho mundo es prefabricado. Un ejemplo de esta oscilación son los siguientes pasajes:

Propiamente entendido, el realismo no es una tesis sobre cómo es de hecho el mundo. *Podríamos estar equivocados en todos y cada uno de los detalles acerca de cómo es el mundo*, y sin embargo el realismo podría ser verdadero. Realismo es la concepción según la cual las cosas tienen una manera de ser que es lógicamente independiente de todas las representaciones humanas. *El realismo no dice cómo son las cosas sino sólo que tienen una manera de ser.* Y "cosas", en las dos sentencias anteriores no significa objetos materiales ni siquiera objetos. (Searle 1997: 165, cursivas mías)

Y más adelante:

El relativismo conceptual, propiamente entendido, es una noción del modo en que fijamos la aplicación de nuestros términos: lo que haya que contar como una aplicación correcta del término "gato" o "kilogramo" o "cañón" (o "klurg") es algo que depende de nuestra decisión y es, en esa medida, arbitrario. Mas una vez hemos fijado el significado de esos términos en nuestro léxico mediante definiciones arbitrarias, ya no es una cuestión en modo alguno relativa o arbitraria *si los rasgos del mundo independientes* de la representación satisfacen esas definiciones, porque *los rasgos del mundo que satisfacen o dejan de satisfacer esas definiciones existen independientemente de aquellas definiciones o cualquier otras* (Searle 1997: 175, cursivas mías).

Nótese que, aunque Searle niega explícitamente que el realismo sea una tesis acerca de cómo es el mundo (y, en este sentido, parece sustraerse a la cuestión del *ready-made world*), los pasajes citados revelan la presuposición tácita de que el mundo tiene en sí mismo una *forma de ser* que va más allá de su mera independencia de nuestras representaciones y, en este sentido, ya sería un mundo prefabricado. De lo contrario, serían ininteligibles las afirmaciones de Searle según la cual el realismo sería correcto aun cuando estuviésemos equivocados sobre los detalles del mundo o la idea de que las descripciones son satisfechas por rasgos del mundo independientes de ellas.

Ahora veamos cuál podría ser la reacción de Goodman ante esta oscilación. Si el realismo de Searle no implica compromiso alguno con la idea de un mundo en sí mismo articulado, sino que más bien nos invita a admitir la idea de un mundo no conceptualizado, entonces Goodman no estaría interesado en negar o afirmar su existencia. Es más, dicho mundo no le interesaría en absoluto:

[...] no nos es posible comprobar una versión comparándola con un mundo no descrito, no representado, no percibido [...]. Si podemos pensar que la determinación de aquellas versiones que son correctas es como un "aprender del mundo" (donde "el mundo" parece ser aquello que describen todas las versiones correctas), todo cuanto aprenderemos estará contenido en aquellas versiones que de él haya y que sean válidas o correctas. Y si no cabe negarles ese mundo subyacente, ese mundo despojado de todas las versiones que hemos ido mencionando a quienes lo aman, tal vez no pueda negarse que, con todo, es un mundo definitivamente perdido. (Goodman 1990: 21, cursivas mías)

Y más explícitamente:

La discusión de un libro como *Maneras de hacer mundos* tiende a centrarse, frecuentemente, en cuestiones relativas a la doctrina general fundamental y en problemas consagrados, pero lo que digo sobre tales cuestiones es más un subproducto que el objetivo primario del libro. La tarea principal que se acomete, como en *The Structure of Appearance*, es el examen y la comparación de los modos en los que hacemos lo que hacemos –llámense como se quiera, versiones o mundos– y de los criterios que empleamos para juzgar lo que hacemos. En lugar de discutir enormes problemas metafísicos, me inclino a afirmar "hágalo a su manera, lo mismo da" [...] Consideremos nuestros modos de trabajar, los instrumentos que empleamos y los fascinantes y variados resultados que obtenemos. Al comienzo del libro, el realismo y el idealismo, el empirismo y el racionalismo, así como otras muchas doctrinas más fueron rechazadas a favor de lo que llamé irrealismo, el cual no es una doctrina más –no dice que todo sea irreal o incluso que alguna cosa lo sea– sino, más bien, una actitud de indiferencia frente a la mayoría de las controversias existentes entre tales doctrinas. (Goodman 1995: 77-8, cursivas mías)

La actitud de Goodman en ambos casos es la misma. Y esto nos lleva a una primera moraleja. Si se trata de la existencia de un mundo despojado de las versiones, él no está interesado en negar ni afirmar su existencia sino más bien en abstraerse de la discusión. A Goodman le interesan más bien los mundos conceptualizados y sus versiones. En este sentido, si el realismo de Searle es una tesis acerca de la existencia del mundo y no acerca de cómo es en sí mismo dicho mundo, el irrealismo goodmaniano es neutral. Simplemente a Goodman este tema –como tantos otros de la filosofía tradicional– no le interesa. De este modo, acusarlo de obtener conclusiones ontológicas a partir de reflexiones epistemológicas o verlo como un enemigo es injusto. Él podría decir: "bien, si entiendes la ontología en un sentido tan general y vacío di lo que quieras, a mí me interesan más bien las cuestiones de articulación conceptual". Y ésta es mi primera moraleja. El único

fantasma que quedaría rondando sería la cuestión acerca de qué sentido tendría afirmar la existencia de un mundo y, en seguida, sustraerse a cualquier discusión acerca de cómo es.

Ahora bien, para Goodman la discusión se torna interesante cuando se trata de un mundo ya conceptualizado. Pues allí no entra solamente el concepto de "cosa" de Searle que "no significa objetos materiales, ni siquiera objetos" y que sólo él y Dios saben lo que significa, sino que "cosa" adquiere un sentido mucho más sustantivo. Está ligado a nuestros criterios de individuación, a nuestras variables ligadas y a estribillos tan encantadores como "no hay entidad sin identidad" o "no hay objeto sin diferencia de contenido", "no supongas que por el mero hecho de hablar dices algo sobre algo" y "si dices algo, tampoco supongas que puedes rehuir las consecuencias diciendo que sólo estás hablando". En una palabra, si las cuestiones ontológicas han de entenderse en forma sustantiva, entonces Goodman tendrá mucho que decir. Para él se tratará de mundos conceptualizados con sus objetos específicos, sus géneros y sus matices. En este sentido, si el realismo de Searle va más allá de la simple constatación de la existencia de un mundo e implica un compromiso con una realidad conceptualizada, entonces el debate alcanzará una nueva dimensión. Y aquí creo que los argumentos antirrealistas basados en la relatividad conceptual sí tienen fuerza. Ahora será perfectamente legítimo obtener conclusiones ontológicas a partir de premisas epistemológicas, pues precisamente lo que cuenta como objeto estará atado a nuestras formas de categorización y reificación. Precisamente en este sentido debe entenderse la afirmación de Goodman según la cual hacemos mundos. Cuando él afirma que hacemos estrellas lo dice ante todo en un sentido epistemológico, se trata de una elaboración conceptual. Con esto, él no quiere decir que hagamos ontológicamente las estrellas. No hacemos ontológicamente la ontología. Goodman advierte que no se trata aquí de hacer mundos como quien hace una silla. Él escribe:

¿Hay una pluralidad de Tierras, siguiendo todas ellas diferentes trayectorias, simultáneamente y exponiéndose a entrar en colisión? Por supuesto que no; en cualquier mundo sólo hay una Tierra; y los diversos mundos no se distribuyen en cualquier espacio-tiempo [...] Los mundos se diferencian en virtud del conflicto o la inconciliabilidad de sus versiones; y cualquier ordenamiento entre ellas es distinto del ordenamiento espacio-temporal (Goodman 1995: 60).

Así las cosas, si se toma en serio la relatividad conceptual y se constata que existen ontologías y categorizaciones diferentes e intraducibles en el sentido mencionado, entonces habrá que aceptar con Goodman que existe una pluralidad de mundos en un sentido sustantivo y, por ende, epistemológico, tantos como tantas versiones correctas e incompatibles existan. A menos –claro está– que se quiera afirmar que

el único mundo sustantivo que existe en sí mismo es contradictorio. Y aquí debemos prevenimos de muchos equívocos de Searle. De nada servirá decir que enunciados, aparentemente incompatibles, resultan verdaderos en marcos de referencia diferentes, pues habíamos quedado en hablar del mundo mismo y no de los marcos. Cambiar de registro aquí es confundir uso y mención. De este modo, obtenemos una segunda moraleja: si lo que está en discusión es en últimas la legitimidad de un mundo sustantivo y conceptualizado con una rica ontología, entonces, dada la relatividad conceptual, Searle tendrá que ser tan irrealista como Goodman y aceptar una pluralidad de mundos conceptualizados.

Aquí ya veo venir vientos de protesta. Una primera reacción –no muy fuerte– consiste en afirmar que de todas las versiones alternativas sólo una de ellas es la correcta (o un conjunto de versiones traducibles entre sí) y, en este sentido, por fuerza se desvanece el pluralismo de Goodman. Esta salida a primera vista encajaría bastante bien con una teoría de la verdad como correspondencia como la que propone Searle. Con todo, sus problemas saltan a la vista. En primer lugar, no está claro cuál de todas las versiones en conflicto sería la legítima llamada a ser correcta. Goodman ilustra esto con el caso del físico y el fenomenólogo que difieren en cuanto a qué habremos de considerar el mundo real y, acto seguido, concluye: “Así pues, e irónicamente, nuestra pasión por *un único* mundo queda satisfecha, en diferentes momentos y con diferentes propósitos, de *muchas* maneras diferentes” (Goodman 1995: 41). Pero incluso si esta observación no es concluyente, hay un segundo problema. Si el realismo ha de entenderse como la tesis de que existe un mundo externo *combinada* con la tesis de que sólo hay un esquema correcto para describir la realidad, entonces no sólo se atentaría contra la tesis misma de la relatividad conceptual, sino que, además, se distorsionaría la posición de Searle. Esto se debe a que ahora el realismo sería la combinación de una tesis ontológica –el mundo existe independientemente de nosotros– y una tesis epistemológica –existe un único esquema conceptual privilegiado. Y para Searle esto resulta inaceptable. Precisamente, en una nota a pie de página él denuncia esta mezcla en Putnam:

Putnam ve correctamente que la relatividad conceptual refuta el esquema conceptual privilegiado. Y puesto que siempre se puede refutar una conjunción refutando uno de sus miembros, si el realismo metafísico es la conjunción del realismo externo y el esquema conceptual privilegiado, entonces el realismo metafísico ha sido refutado. Pero no se refutan los dos miembros de la conjunción refutando uno; de manera que la falsedad del esquema conceptual privilegiado deja al realismo externo intacto (Searle 1997: 173 nota).

Un segunda reacción frente a mi esfuerzo por mostrar que Searle está más cerca del irrealismo de lo que quisiera consiste en dejar los tintes epistémicos de la protesta anterior y declarar abiertamente que el mundo sustantivo que interesa al realista es un mundo prefabricado y ordenado en sí mismo, a *ready-made world* y, de este modo, el pluralismo de Goodman está desenfocado. Bajo esta perspectiva, el realismo ahora sería el resultado de dos afirmaciones. De un lado, la inocente tesis de que existe un mundo independiente de nosotros y, de otro lado, la tesis mucho más sustantiva según la cual dicho mundo en sí mismo está estructurado según clases naturales. En una palabra, estamos aquí en presencia de un *realista robusto*, un realista que no le teme en absoluto al esencialismo. Y aquí ya puedo consignar una tercera moraleja: Si se ha de ser realista y se tiene la pretensión de invalidar el pluralismo de Goodman, entonces habrá de aceptarse también el esencialismo. O, para decirlo más crudamente, una postura realista interesante habrá de ser una propuesta robusta. Ella no deberá quedarse en los minimalismos de la existencia del mundo exterior, sino que debe aceptar también que el mundo está organizado según clases naturales. Y esto en sí mismo supone el esencialismo.

Páginas atrás cité dos pasajes en los cuales Searle parecía suponer tácitamente un realismo mucho más robusto que el que pregona explícitamente. Allí señalé también que de no ser así, algunas de sus afirmaciones serían ininteligibles. Ahora afirmo que, a menos que Searle se comprometa con el realismo robusto, incluso su misma defensa de la teoría de la verdad como correspondencia será incomprendible o se reducirá a una simple teoría del desentremillado que Goodman también acepta. Así, parece que si la discusión entre Goodman y Searle no es un mero diálogo de sordos, Searle deberá comprometerse también con un realismo robusto. No voy a señalar ahora el derrotero del debate en este sentido, aunque a mí el esencialismo me desagrade profundamente. Sólo quiero concluir con algunas observaciones bastante apretadas.

En primer lugar, la aceptación del realismo robusto puede desembocar fácilmente en el escepticismo por cuanto puede confinarnos a una pluralidad de versiones que no encajan correctamente con la estructura última del mundo. En segundo lugar, no veo cómo articular una teoría descriptivista de la referencia como la que defiende Searle con un realismo esencialista. Encuentro que si Searle quiere evitar que el esencialismo resulte después de todo banal, debería abrazar más bien una teoría radicalmente no epistémica del significado, como la defendida por Fodor. Y sobra decir que una teoría de este tipo pondría en crisis todo el sistema searleano. En tercer lugar, un realismo esencialista podría atentarse contra una versión interesante de la relatividad conceptual. Justamente, el interés intrínseco de esta tesis radica en afirmar que *diferentes* versiones de mundo pueden ser correctas y si se

es esencialista, esto en sentido estricto no puede ser verdad. En un mundo de esencias, las diferentes versiones correctas serán simplemente diferentes formas de expresar una *única* versión. Así, si Searle ha de comprometerse seriamente con el realismo robusto, no logro ver cómo puede aceptar también una forma interesante de relatividad conceptual. Finalmente, en cuarto lugar, no deja de ser interesante la reacción de Goodman frente a un realismo esencialista. Imagino que esta reacción sería de una pasmosa indiferencia, pues precisamente uno de los méritos de su filosofía es mostrar cómo puede articularse una pluralidad de versiones de mundo en sí mismas valiosas y dignas de estudio. En sus palabras:

No te preocupes de la mente [*never mind mind*], la esencia no es esencial [*essence is not essential*] y la materia no es materia [*and matter doesn't matter*] (Goodman 1990: 134 y Goodman 1995: 77).

En síntesis, si estoy en lo correcto, el debate entre Goodman y Searle pone de manifiesto al menos las siguientes moralejas: 1. Si el realismo de Searle es minimalista y no implica compromiso alguno con la idea de un mundo prefabricado, entonces su discusión con Goodman se basa en un malentendido. Simplemente el irrealista es neutral al respecto y no tiene interés en un mundo tan poco sustantivo. 2. Si Searle acepta la relatividad conceptual en un sentido interesante y, al mismo tiempo, mantiene su realismo minimalista, entonces, cuando se trata de cuestiones ontológicas sustantivas como la individuación y la categorización, su propuesta estará más cerca del irrealismo de Goodman de lo que él quisiera. Y, por último, 3. Si Searle quiere evitar este compromiso irrealista, deberá adoptar un realismo robusto firmemente comprometido con el esencialismo, pero entonces no es para nada clara la forma en que puede mantener también la relatividad conceptual.

Bibliografía

- Goodman, N. (1990). *Maneras de hacer mundos*. Madrid: Visor.
 (1995). *De la mente y otras materias*. Madrid: Visor.
 Searle, J. (1997). *La construcción de la realidad social*. Madrid: Paidós.